

CANCIÓN DE ANIVERSARIO



José Carlos Llop

Cuando los arqueólogos hacen trabajos de campo aparecen en la tierra o entre las piedras, fragmentos de cerámica —trozos de vasija—, alguna cuenta de cristal —collar, pendiente o sortija— y un resto de hierro o bronce que fue una aguja o broche ornamental. Hoy me quedo con la cerámica, pero también habrá cuentas ambarinas y hay broche ornamental que no llega a cerrar del todo porque todavía hay belleza en su voz y voluntad de seguir disfrutando de la vida, (que es algo que ella ha sabido hacer siempre). Hablo de Maria del Mar Bonet, que quiso ser ceramista antes que cantante y yo no sé lo que perdió la cerámica, pero sí sé que salimos ganando todos. Hablo de Maria del Mar Bonet que el año que viene celebrará entre conciertos sus cincuenta años sobre los escenarios. Hablo por tanto de la arqueología que son nuestras vidas, marcadas como naipes por la voz de Bonet y en la que esa voz puso cerámicas del norte de África, collares de cristal de Oriente Medio y agujas ornamentales del Sur de Grecia. Hablo del Mediterráneo porque la música de Maria del Mar Bonet es uno de sus símbolos y lo es tanto desde la pureza como desde el sincretismo. Pero también de un presente tan vivo como el de esos objetos intemporales y por tanto clásicos.

► **El viernes pasado**, en el bar del Hotel Saratoga, Maria del Mar Bonet, rodeada de amigos, nos habló de su música y de los que la habían ayudado, y de cómo pensaba celebrar el año que viene ese cincuenta aniversario y anunció de paso *Ultramar*, su disco caribeño, su disco cubano que ha de aparecer de aquí a pocos meses. Después cantó. Tres canciones y una de ellas era *Mercè*, la canción dedicada a su madre catalana y a su ciudad natal, Palma, pues ya sabemos que ambas cosas —madre y la ciudad que nos nació— son a veces lo mismo. O por lo menos a cada una de ellas la representa la otra. Pero la primera vez que intuí —no digo sentí, que era previo y sin arte de por medio— esa identificación a través del arte, fue al escuchar a Bonet cantando *Mercè* desde los terrados del barrio de La Calatrava. La tarde del viernes, mientras Maria del Mar cantaba *Mercè*, yo miraba las luces del Paseo Marítimo y el mar que se esconde tras él. O mejor: que han escondido tras él. Y ése era el mar nuevo, mientras el mar que se contemplaba a principios de los setenta desde La Calatrava —toda mi infancia y adolescencia pude contemplarlo desde las terrazas-patio de Montesión— era el mar viejo. Y entender ese mar —esos dos rostros del mismo mar— era entendernos a nosotros mismos y la música de esta comprensión era la música

de ella, la mujer que ahora estaba cantando *Mercè*. Una *Mercè* a la que el tiempo añadió esos finales de verso tan de Bonet, entre el canto del muecín y el grito festivo de la mujer bereber. Buscando, Bonet, una fusión entre las dos riberas mediterráneas y las dos historias de nuestra isla a través de la música.

► **Entonces pensé en los años** en que el historiador Miquel Barceló Perelló capitaneaba el grupo 'dels moros', en los libros de Samir Amin y de Ibn Jaldún, en los países no alineados y Argel como modelo posible. Éramos muy jóvenes y tanto importaba ese Argel como la música del Ummaguma de Pink Floyd o la poesía de Ezra Pound. Éramos muy jóvenes y en ese tiempo Maria del Mar Bonet tomó los poemas de Rosselló-Pòrcel —si hablamos de Mallorca, nuestro poeta favorito y el más moderno de casa y de todos los tiempos— y le añadió esas terminaciones como nacidas en Fez y supimos. A través de ella supimos y lo que Rosselló-Pòrcel había conseguido con *Auca*, lo consiguió ella en aquel disco tan maravilloso cuya carátula ilustró Joan Miró. Su *Inici de campana* en la voz de Bonet es insuperable y siempre ha de ser el cordón umbilical que una nuestra Barcelona de mediados los años setenta con nuestra isla natal en la misma época. Y lo escribe quien tenía en Pau Riba y en Jaume Sisa su música catalana preferida. Y preferida aquí significa la música con la que yo me identificaba y en la que me sentía como realmente era, sector autóctono, claro. Pero nunca dejando de lado a Maria del Mar Bonet y aún hoy su canción *Alenar* es una manera estupenda de comenzar y darle alegría al día. (Por cierto que en *Mercè* —y vuelvo al viernes pero también a nosotros antes de los veinte años— hay un verso de un fraile que baila sobre los tejados, que es puro *Auca* de Rosselló-Pòrcel. O su origen, que no es como algunos apuntaron el surrealismo en boga en los treinta, sino las *Gloses desbaratades* (así las llaman en mi familia) que son nuestro surrealismo local, mucho más antiguo que el de André Breton y tan o más imaginativo que el francés).

Cincuenta años de escenarios y treinta y cinco discos y una voz que continúa viva conservando todas sus modulaciones, tiene todo el mérito de una vida plena. Alguien le preguntó qué había hecho para estar tan bien y yo contesté: 'hacer siempre lo que ha querido'. Ella se rió y dijo que sí, que así había sido y era. Su amigo Biel Mesquida —desde que Bonet ha vuelto a vivir en Palma se les ve a veces paseando del brazo por la ciudad— la contemplaba desde la primera fila (antes había hablado de ella desde el barroco entusiasmo mesquidiano) y ahí estaba, entre los dos, pensé, la historia de los mallorquines que se marcharon a Barcelona a finales de los 60 y en ella se hicieron y fueron felices. Otros cincuenta años, también. Y aquí es donde aparece el broche junto a los fragmentos de cerámica y las cuentas de cristal que son, todos, la voz de Maria del Mar Bonet. El broche que cierra sin cerrar —aún— del todo.